

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 5 ABRIL DE 1913.

NÚM 412.

Conferencia notable

El jueves último, y en la Academia de Jurisprudencia, en Madrid, dió la octava de las conferencias organizadas por las Damas españolas, el distinguido jurista, ministro conservador y amigo nuestro, Excelentísimo Señor Don Juan de la Cierva y Peñafiel.

Versó su notable discurso sobre el tema «Las ficciones en la política».

El salón de actos de la Academia estaba completamente atestado de distinguidas personalidades y aristocráticas señoras. La expectación es grande.

El orador dice:

«Vacilé mucho antes de aceptar el inmerecido honor que me hicieron al invitarme para dar esta conferencia.

Vacilé porque en realidad no me parece que soy el más indicado para dar una conferencia.

Porque ésta es una disertación y yo estoy más acostumbrado á la lucha que á la exposición serena y razonada de las ideas.

Pero venía la invitación de una parte tan digna que exigía una obediencia, que yo no pude sustraerme á ella.

Para desarrollar el tema anunciado, he de establecer la afirmación que yo no voy á discutir las formas de gobierno, sino á decir que el mundo entero, á través de las edades, ha aceptado la forma democrática, y en los pueblos, como el nuestro, se ha llegado á armonizar el poder tradicional con el poder del pueblo.

Parecía natural que á este régimen correspondiera uno de mayor rigor de selección y de severidad; pues no se concibe que aceptada esta fórmula, no sean mayores los rigores al elegir los hombres llamados á regir los destinos de las naciones.

Merced á esa intervención de los

ciudadanos en la vida pública, se ha operado una transformación en la lucha política, por que ha venido un gran factor: la concentración del pueblo que viene operando una gran revolución, pues mientras el pueblo se viene organizando, las demás clases populares no lo hacen y permanecen inactivas ante aquel movimiento.

Trae este como consecuencia el peligro de las instituciones políticas, pues la fuerza del pueblo es avasalladora y amenaza á aquellas, con vigoroso empuje.

Y si esto ocurre en los pueblos bien organizados ¿qué no ocurrirá en otros países que por vestir un ropaje á que no está habituado, se ve arrebatado por otros elementos, aquellas fórmulas que no supieron utilizar dignamente á tiempo?

Pocos días ha, en este mismo lugar, una voz enérgica pidió que vosotros, señoras, educéis á los ciudadanos del mañana para no dejarse arrebatado por nadie derechos que urge utilizar.

Para llenar este vacío, que hoy se siente, se acudió á las ficciones.

Algunos pueblos han sentido ya sus resultados y traigo esto á la conferencia llevado de miras patrióticas.

Os digo lo que pienso porque yo no sé fingir, y por no fingir tengo muchas amarguras (grandes aplausos) pero no importa: no cambio mi carácter á pesar de todo y pospongo todas las amarguras á la necesidad.

El gobierno de los pueblos es cosa tal que no puede trazarse una línea inflexible, sino que el gobernante debe mirar el camino que debe seguir, y que á veces la perplejidad suya, es aterradora para aquellos que han pensado que el gobernante huiera siempre del fingimiento y del engaño.

Esto es absolutamente, á mi juicio, preciso en toda ocasión.

Otros han pensado que esto es cosa secundaria.

Y no ha faltado un ministro, de otro país y de época lejana, que di-

jo: «Si hay algún hombre honesto en el pueblo, cuide bien el Rey de no utilizar sus servicios.» (Risas).

El hombre político, ha dicho Maquiavelo, debe ser un maestro de fingimiento y las doctrinas del célebre estadista florentino han ejercido tal influencia, que constantemente se ven aplicadas en la vida política.

¿Pero es que en la mentira se puede edificar algo sólido?

¿Es que el fingimiento puede responder á las necesidades de un pueblo, cualquiera que sea?

En el mundo nada bueno puede basarse en el artificio.

En el arte no encontraréis plena sensación de belleza sino cuando aquel se inspira en la verdad de la naturaleza.

En la vida política el ejemplo del gobernante maquiavélico tiene que ser forzosamente corruptor.

No es lícito el engaño en la vida pública: el mandatario en los pueblos democráticos debe inspirarse en el bien y obrar como en la vida privada.

El que con engaños y fingimientos capta las voluntades sociales es culpable de grandes daños: y esto á pesar de su puerilidad se ha erigido en fórmula definitiva de la vida política de algunos pueblos.

En España el partido socialista tuvo gran empeño en diferenciarse del anarquista y venía hablando de mejorar la situación del obrero, y aconteció que porque era una necesidad de la sociedad española, todas las fuerzas sociales convinieron en aquella campaña, y aún disintiendo de las ideas, todos se unieron en aquel vehemente deseo de mejorar la vida de la clase trabajadora.

Llegó un gobernante que haciéndose eco de esta necesidad, hizo que el «descanso dominical» tan solicitado por todos, se cumpliera y que en el cierre se incluyeran las tabernas.

Cayó aquel estadista; vino otro y ¿cuánto tiempo tardaron en abrirse las tabernas?, llegó una lu-

cha electoral y nadie protestó de que esto se hiciera.

Yo no recuerdo haber oído ninguna voz de protesta, pero sí recuerdo las que se han lanzado contra aquel dignísimo gobernante que convirtió en realidad las aspiraciones de las clases obreras.

Cosa análoga podríamos decir de las casas de préstamos que ya han comenzado á abrirse nuevamente.

Contra esta ficción está vuestra labor, señoras de la Junta; labor sin alardes que proteja al obrero y á las familias pobres, salvando á uno y á otras de la miseria. Esa, esa es la verdad: lo demás es mentira (ovación).

Con esa ficción tan censurable se captan algunos la voluntad popular, por medio de la insinceridad y la mentira, yendo contra ideas tan sagrada como la religiosa y utilizando la calumnia y la difamación.

¿Se puede convertir un programa político en humo y decir al día siguiente lo contrario del anterior?

Y esto se hace, y conste que no me refiero á nuestro país (Risas). Esto se hace, repito, sin protesta de nadie, todo lo contrario, del que tal lo hace se dice «¡que habilidad! Ese es un hombre político! ¡un hombre práctico!» (Risas y aplausos).

Y es que el que tal hace no se inspira en convicciones sinceras y arraigadas; por eso se pregunta por la mañana ¿de donde sopla el viento? para poner la vela de aquel lado.

Para este gran teatro de la política hace falta un factor, la Prensa y vosotros diréis: ¿qué va á decir este señor de la Prensa?

Yo reconozco que la Prensa es hoy un elemento insuperable de cultura.

¿Quién niega que hay elementos de Prensa beneméritos?

Cuando yo hablo de la Prensa en el «teatro político», me refiero á aquella Prensa adscrita á determinadas personas y que no vacila en poner al servicio de estas la calumnias y la injuria.

